

Antonio Mestre Sanchís (2019). *Religiosidad, cultura y política. Mayans y la Compañía. De la amistad a la ruptura*. Valencia: Facultad de Teología San Vicente Ferrer, serie Valentina número 73, ISBN: 978-84-95269-95-9, 263 pp.

Antonio Astorgano Abajo\*

DOI: <https://doi.org/10.31057/2314.3908.v7.n2.27675>

Toda revista que se precie debe publicar recensiones, género difícil, comprometido y sujeto a límites de espacio. Si una recensión pretende ser útil, debe ser sincera, lo cual puede acarrear algún que otro disgusto al autor, en un mundillo en el que cada vez predomina más lo políticamente correcto, razón por la que algunos pretendidos “maestros”, o más bien “pedantes” (el que aparenta ser más sabio de lo que realmente es), huyen de este subgénero literario. Cada vez hacemos menos recensiones, pero la presente es necesaria.

Antonio Mestre Sanchís, catedrático emérito de historia moderna en la Universidad de Valencia sabe todo lo relacionado con Gregorio Mayans, puesto que ha dedicado sus estudios preferentemente a la persona y la obra del erudito de Oliva. Además de correspondiente de la Real Academia de la Historia de Madrid y de la Real Academia de Buenas Letras de Barcelona, ha recibido el premio de Alta Distinción de la Generalidad Valenciana al mérito cultural. Entre sus libros interesa recordar *Ilustración y reforma de la Iglesia*, Premio Nacional de Historia Menéndez Pelayo (1968), *Historia, fueros y actitudes políticas: Mayans y la historiografía del siglo XVIII* (1970, reeditado en 2000), *El mundo intelectual de Mayans* (1978), *Influjo europeo y herencia hispánica* (1978). Como director de las Publicaciones del Ayuntamiento de Oliva, ha



\* Universidad de Zaragoza. E-mail: [astorgano1950@gmail.com](mailto:astorgano1950@gmail.com)

publicado *Obras completas* (castellanas) de Mayans, (cinco volúmenes aparecidos entre 1983 y 1986) y coordinado el *Epistolario* del erudito, hasta el momento 25 vols., muchos editados personalmente y otros encargados a eminentes especialistas.

El libro que comentamos constituye un intento de explicar las razones que subyacen en la relación de Gregorio Mayans con los padres de la Compañía de Jesús. En un siglo en que los jesuitas sufrieron sorprendentes trastornos (de la gloria al fracaso), Mestre investiga por qué el erudito de Oliva pasó sucesivamente de la amistad al desencuentro y la ruptura con los seguidores de San Ignacio de Loyola. Alumno de los padres de la Compañía (Cordelles en Barcelona) fue protegido por los jesuitas en Valencia y en Salamanca, que conocieron su capacidad intelectual. Este favor se hizo visible en los primeros pasos de su carrera universitaria, como estudiante y como catedrático. En esa línea de favor de la Compañía está el nombramiento de bibliotecario de la Real Biblioteca de Madrid, cuyo director era siempre el padre confesor del monarca, que era un jesuita. En cambio había también discrepancias de todo tipo. Criterios religiosos diferentes (Ejercicios Espirituales y Devoción al corazón de Jesús), fomentados por los jesuitas y no aceptados por Mayans. Métodos de estudios teológicos discrepantes (escolástica de los jesuitas frente al predominio del estudio de la Sagrada Escritura preferido por el erudito); concepciones eclesiológicas distintas (centralismo papal en el cuarto voto de obediencia al Pontífice, frente a episcopalismo mayansiano), culturales (criticismo histórico, reformas universitarias y Escuelas de gramática). También razones personales. Don Gregorio siempre pensó que los altos cuadros de la Compañía, a pesar de su amistad con jesuitas dedicados al estudio (Andrés Burriel, Juan Andrés), nunca reconocieron, y en su consecuencia, no premiaron sus méritos intelectuales y su aportación a la cultura española.

Una simple ojeada al índice del libro reseñado pone de manifiesto el valor sintético que tiene de lo mucho publicado por Antonio Mestre y colaboradores (entre otros V. Peset, M. y J. L. Peset, Pere Molas, Vicente Leon y el jesuita P. Pérez García), y que, una vez más, el inmenso *Epistolario* de Mayans es la fuente fundamental del mismo. Hasta ahora en los 25 volúmenes publicados se han recogido las correspondencias más numerosas que el erudito tuvo con personajes más o menos importantes en la Ilustración española y europea (personalmente, Mestre ha preparado, con la transcripción, notas y estudio preliminar, los siguientes volúmenes: vol. II, *Mayans y Burriel*, 1972; vol. III, *Mayans y Martí*, 1973; vol. V, *Escritos económicos de Mayans*, con un prólogo de Ernest Lluch, 1976; vol. VI, *Mayans y Pérez Bayer*, 1977; vols. VII-IX, *Mayans y Martínez Pingarrón*, con amplios estudios sobre la Real Biblioteca, 1987-1989; vol. X, *Correspondencia con Manuel de Roda y el conde de Aranda*, 1990; vol. XI, *Mayans y los libreros*, 1993; vols. XIV-XVI, *Mayans y los altos cuadros de la administración borbónica*, en colaboración con P. Pérez García, 1996-1998; vol. XXI, *Mayans y los austracistas*, 2007; vol. XXIV, *Mayans y los arzobispos de Valencia, Orbe, Mayoral y Fabián y Fuero*, 2009; vol. XXV, *Mayans, bibliotecario real (1733-1739). Cartas políticas y familiares*, (2011); *Correspondencia de los ilustrados andaluces*, Sevilla, 1990; *Correspondencia de Mayans con Voltaire sobre teatro*, Valencia, 1998).

Sin embargo quedan múltiples personajes que por, su menor relevancia o por ser menos numerosa su correspondencia, permanece sin ser estudiada su relación con Mayans. En el presente libro salen a relucir las cartas de esos personajes relacionadas con la Compañía de Jesús, que hasta el momento han permanecido inéditas. Está estructurado

en doce capítulos, cada uno con numerosos apartados, que facilitan la síntesis del contenido y evitan las repeticiones, más prólogo, apéndice documental, un útil y amplio índice onomástico y fuentes y bibliografía.

La personalidad de Gregorio Mayans aparece, ante la mirada del historiador actual, como una figura compleja y un tanto poliédrica. Jurista e historiador crítico, pero con espíritu abierto a cuanto pudiera contribuir a perfeccionar el mundo cultural de la época en que vivió. Abierto a Europa para aprender, pero fiel a sus ideas religiosas y culturales de católico sincero.

Además de sus numerosas obras impresas en latín y en castellano, jurídicas, históricas o literarias, poseemos millares de cartas que constituyen un precioso legado para el conocimiento, no sólo de su persona, sino también de su época. Cartas que pueden contribuir a esclarecer aspectos muchas veces confusos. Con el beneficio de que muchas de las cartas encuentran las respuestas de sus corresponsales y las minutas del mismo erudito.

Al abordar la compleja relación de don Gregorio con los padres de la Compañía de Jesús, conviene tener presente la complejidad del asunto, que abarca desde la infancia a la muerte del erudito. Es necesario, asimismo, observar, desde el primer momento, que Mayans distinguía entre la Compañía como institución y cada uno de los jesuitas como persona. Esta distinción explica que, mientras critica a la Compañía como fuerza política (simbolizada en los confesores del monarca, Clarke, Févre o Rávago), mantenga relaciones cordiales con simples jesuitas, Andrés Marcos Burriel, Mateo Aymerich o Juan Andrés, entre otros. Subyace un problema de fondo: el poder del P. Confesor sobre la política cultural del Gobierno, y más en concreto su control sobre los bibliotecarios de la Biblioteca Real, como director de la misma.

El padre confesor del monarca, además de la conciencia del monarca, con su visto bueno previo a los reales decretos, controlaba los nombramientos de las autoridades eclesiásticas y la concesión de beneficios; y en el campo cultural su actitud era importante a favor de unos proyectos, o de marginación de personajes, obras o ideas que no eran de su gusto. Podemos observar los vaivenes que dependían del carácter personal de cada P. Confesor, evidente en la marginación sufrida por Mayans. Sólo con la reforma de los estatutos en 1761, ya en el reinado de Carlos III y con un confesor del monarca que ya no era jesuita, el director de la Real Biblioteca dejó de ser el P. Confesor del rey.

Mestre apunta que Mayans distinguía tres líneas en la Compañía: religiosa, cultural y política, factores que explican que uno de los asuntos más estudiado por los historiadores del siglo XVIII sea el problema de los jesuitas, en general, y de Mayans en particular. El contraste entre el prestigio y poder de la Compañía en la primera mitad del siglo frente a las marginación y exilio, decretado por Carlos III, ha generado una comprensible curiosidad.

Don Gregorio, dentro de su catolicismo sincero, y con una actitud personal rigurosa, nunca se sintió cómodo con las formas de religiosidad jesuítica. Así manifestó con claridad su discrepancia con la práctica de los Ejercicios espirituales. En concreto, durante sus años de estudiante en Salamanca, consideraba que eran utilizados para inducir a los jóvenes a ingresar en la Compañía. Y, ya en edad proveya, discrepaba de la devoción al Sagrado Corazón de Jesús, fomentada por los jesuitas.

La segunda línea señalada por el erudito de Oliva es la cultura, que, antes y ahora,

aparece involucrada con la política. A criterio de Mestre, de aquí arrancan las profundas diferencias entre Mayans y la Compañía, y más por aspectos de política cultural que religiosos. Don Gregorio mantuvo amistosas relaciones con algunos jesuitas muy reconocidos en el campo cultural, pero otra cosa, muy diferente, era la oficial línea docente de la *ratio studiorum*, especialmente en el campo de los estudios clásicos, y el control y casi monopolio que los jesuitas ejercían de las Aulas de Gramática.

Pero, a lo largo de la amplia relación de Mayans con los jesuitas, aparece un factor decisivo: los intereses personales de Mayans. Consciente de su valía intelectual y de su vocación por la reforma de la cultura española, su obsesión fue que el Gobierno le concediera una pensión para dedicar su esfuerzo y capacidad a la reforma de las letras en España. Pues bien, el P. Clarke que, en repetidas ocasiones le prometió su favor, no se interesó por conceder la pensión solicitada. Es cierto que los confesores jesuitas de los monarcas le concedieron algún beneficio eclesiástico: mínimo por Clarke en la diócesis de Orihuela, y Rávago evolucionó, desde una cierta antipatía a una comprensión y cierta ayuda económica con un beneficio simple en la persona de su hermano Juan Antonio. Don Gregorio veía en Rávago a un confesor regio español frente a tantos jesuitas extranjeros, especialmente franceses, que habían ejercido influencia negativa (o al menos una clara despreocupación) sobre aspectos culturales hispanos; por eso apoyó su regalismo, en los conocidos episodios de la prohibición inquisitorial de las obras del cardenal Noris, agustino calzado, el concordato de 1753 y defendió a su amigo Andrés Marcos Burriel, protegido por Rávago, en la comisión de archivos con la que se pretendía revitalizar la historiografía española.

Pero el erudito de Oliva vio frustradas sus esperanzas, especialmente respecto a su trabajo en la polémica regalista, a favor de la ideas del P. confesor Fèvre y del Fiscal de la Cámara del Consejo de Castilla (Blas Jover). Mayans quedó descontento del escaso, o nulo, reconocimiento de sus trabajos a favor de la Corona por parte de colegiales (Cervantes) y jesuitas (Fèvre y Rávago). Sólo con el favor del manteísta antijesuita declarado Manuel de Roda, como secretario de Gracia y Justicia de Carlos III, vio cumplido su deseo en 1766, con el nombramiento honorario de Alcalde de casa y corte y una pensión vitalicia, que le permitía implicarse más en los planes de reforma cultural del Gobierno de Carlos III.

A ese descontento con la Compañía se unió el acceso al poder de los manteístas, a partir de 1754. Porque Mayans, que era manteísta, procuró acercarse a los nuevos gobernantes, que reconociesen sus méritos literarios y los recompensasen con la gracia de la pensión económica, tan deseada. En el campo político, desarrolló gran actividad para que los gobernantes manteístas conocieran sus trabajos regalistas: Aranda, Roda y juristas del entorno de Campomanes. De todos modos, las expectativas del erudito no se convirtieron en una realidad que llenara sus ilusiones.

Más matizada y compleja fue su actuación en el aspecto cultural. Defendió los trabajos del jesuita Burriel en la Comisión de Archivos frente al Secretario de Estado R. Wall, pero censuró el *Fr. Gerundio de Campazas* del P. Isla (el tono sarcástico de presentar la predicación), señaló los errores de la *Historia de España* del P. Mariana (tiranicidio) y alabó al obispo Juan de Palafox, el conocido adversario de los jesuitas en Nueva España, cuando fue obispo de Puebla de los Ángeles.

Don Gregorio, que mantenía buenas relaciones con el mundo cultural europeo, conoció la evolución de la política antijesuita del marqués del Pombal, sin disgustarle.

Siguió, asimismo, la polémica contra los padres de la Compañía en Francia, censurando con dureza las obras de los jesuitas Berruyer y Harduin, al tiempo que celebraba la *Pastoral* del jansenista Fitz-James, obispo de Soissons. Y respecto a Italia, continuó defendiendo a Muratori frente a algunos jesuitas, continuó las buenas relaciones con el antiguo nuncio en España, Enrico Enríquez, muy cercano a los filojansenistas, que le facilitó el acceso al cardenal Passionei, icono del jansenismo italiano.

En este libro Mestre no pretende añadir nuevos argumentos, refutar criterios, o explicar las razones que tuvo Carlos III para decretar el exilio. Su pretensión es mucho más modesta. Es un intento de explicar la evolución respecto a la Compañía de Gregorio Mayans, un católico ferviente y brillante discípulo de los padres jesuitas, y cómo evolucionó desde una sincera amistad a una creciente discrepancia.

Al efecto, aporta a múltiples testimonios concretos sobre esas relaciones de Mayans con los jesuitas, quien tenía una visión global de la Compañía bastante negativa, en el momento de la expulsión (1767): "Este es el Instituto que de bueno se hizo sabio, de sabio político y de político nada".

De familia muy próxima a la Compañía (y con deseos de que ingresara en la congregación). Mayans recibió la primera formación académica en el colegio de Cordelles (Barcelona), dirigido por los padres jesuitas; tuvo frecuente trato con los jesuitas de Salamanca, siendo estudiante universitario, aunque sorprende su juvenil reacción negativa: rechaza entrar en la Compañía y critica la práctica de los Ejercicios Espirituales como medio para atraer a los jóvenes e incitarlos a entrar en la congregación. Esta distancia religiosa inicial fue aumentando con el conocimiento del erudito de los escritores galicanos (Fleury y, sobre todo, Bossuet) y de Van Espen. De ahí su evolución hacia un agustinismo rigorista cercano al llamado jansenismo histórico. Después, en la correspondencia con los jesuitas, prácticamente desaparecen los aspectos estrictamente religiosos. Sus interlocutores eran conscientes del criterio del erudito (poco proclive a la ciencia media y al probabilismo jesuítico).

Realizada la expulsión a Italia en 1767, Don Gregorio participó en la batalla por el control de la enseñanza de la Gramática, en la Enseñanza Media, y en la Universidad aplaudiendo la supresión de las cátedras suarecianas (jesuíticas), decantándose sin ambages por la doctrina de San Agustín de los regalistas agustinos calzados.

La correspondencia con los jesuitas está centrada en dos campos: político y cultural. Político con los confesores del monarca que ejercían poder en el campo político. En unos casos en solicitud de favor (Cienfuegos, Clarke y Févre). Más matizado es el caso de Rávago, que evolucionó hacia una mayor comprensión por parte del P. jesuita, gracias a la influencia del P. Burriel y a la colaboración del erudito, dentro de discrepancias, en los proyectos culturales del confesor de Fernando VI. Porque, en el trato con Rávago, junto a los aspectos políticos, aparece una sincera evolución, hasta colaborar en aspectos culturales. Por lo demás, tampoco la política práctica del gobierno español favorecía las relaciones de Mayans con la Compañía, al subir al poder los manteístas en 1754.

Si bien mantuvo la amistad con Burriel y defendió el derecho a continuar en el trabajo de la Comisión de Archivos, contra el criterio del ministro R. Wall, don Gregorio buscó el favor de los manteístas. Y, por supuesto, también incidieron en el distanciamiento los grandes cambios políticos americanos (las misiones de Paraguay) y europeos. Muy importante fue la influencia de los cambios político-culturales de Europa, Portugal,



en primer lugar. Es conocida la común sensibilidad cultural del erudito con Verney, tanto en la reforma de los estudios como en la crítica de la enseñanza del latín de la *Ratio studiorum*. Pero esta agresividad frente a la Compañía aumentó con la actitud de Pombal, admirado por el erudito, y la correspondencia con los colaboradores del ministro, Cenáculo y Pereira. Y, por supuesto la expulsión de los jesuitas de Portugal incidió en el pensamiento de Mayans.

Después del fracaso de su relación con el cardenal Fleury, el erudito descuidó la relación con los franceses. Sin embargo, consiguió un ejemplar de la *Enciclopedia*, mantuvo correspondencia con Voltaire sobre la influencia del teatro español en Francia y buscó con interés libros galicanos y jansenistas. Así lo prueba el hecho de que su hermano Juan Antonio tradujera las obras del obispo de Soissons, Francisco Fitz-James, reconocido jansenista y, en consecuencia, antijesuita. Y en cuanto a Italia se refiere, además de su admiración y correspondencia personal con Muratori, mantuvo una línea de comunicación, a través del antiguo nuncio del Papa en Madrid, Enrico Enríquez, con intelectuales y clérigos italianos, que llegó al cardenal Passionei, apasionado enemigo de los jesuitas.

En la abundante correspondencia de Mayans con los jesuitas hay un grupo de padres que se consideraban "amigos". Hay amigos de circunstancias, que fueron muchas y diversas, provenientes de relaciones familiares (P. Jerónimo Julián), de origen político (Pascual Agramunt), protectores (cardenal Cienfuegos). Pero también hay sinceros amigos que merecen especial atención (Burriel, Juan Andrés) y émulos, especialmente valencianos (Antonio Eximeno, Tomás Serrano). El amigo más sincero, y que merece especial atención fue el P. Andrés Marcos Burriel, por la autenticidad del afecto, la influencia mutua en el campo de la cultura y por la generosidad con que actuaron durante los años de correspondencia, que sólo finalizó con la prematura muerte del jesuita en 1762. El lamento de Mayans a su muerte, en carta al P. Rávago, constituye un verdadero testimonio de afecto sincero.

En resumen, el análisis relativamente minucioso de Mestre nos lleva a reflexionar sobre las razones profundas que explican la evolución discrepante de las relaciones de Mayans con la Compañía de Jesús. En primer lugar, una diferente sensibilidad religiosa. Es un hecho sorprendente, pero que se manifiesta a lo largo de la vida del erudito. Desde su catolicismo profundo, Mayans demuestra en plena juventud, y con cordiales relaciones con los jesuitas, una evidente discrepancia con la práctica de los Ejercicios Espirituales. Y años más tarde, en plena madurez, censura la devoción al Sagrado Corazón de Jesús.

En segundo lugar, diferencias eclesiásticas. Frente al centralismo papal, simbolizado en el cuarto voto de los jesuitas de obediencia al Papa, sorprende el episcopalismo de Mayans, influido por la lectura de galicanos como Bossuet y Van Espen.

En Teología, don Gregorio siempre manifestó sus reservas contra la práctica generalizada de los teólogos, de enfrentarse en diversas escuelas, especialmente tomista (dominicos) y antitomista (jesuitas), pero también agustiniana o escotista. Durante sus estudios en Salamanca, mientras mantiene su idilio con los padres jesuitas, busca la relación con los agustinos calzados, enemigos de la Compañía. Y al final de su vida, al analizar la pugna entre tomistas y antitomistas, expresa con cierta ironía, y con dureza, su visión de las escuelas teológicas que dominaban los planes de estudio de las Universidades españolas. En esa línea, podemos comprender su evolución hacia el pensamiento agustiniano, y quizás hasta poder calificar su actitud de muy próxima al llamado jansenismo histórico.

---

Además de estas razones espirituales eclesiológicas, de teología o moral, ya hemos aludido a las razones personales y políticas, en su constante deseo de conseguir la estabilidad económica, personal y de su familia. Esta serie de razones explican el creciente distanciamiento de Mayans respecto a la Compañía, como institución e instrumento de poder. Pero es menester confesar que esa discrepancia no privó al erudito de una relación personal, muy digna y en muchos casos afectiva, con algunos jesuitas, hombres de letras. Con ellos mantuvo cordial correspondencia aun en los momentos más difíciles. Es menester confesar, desde el primer momento, que no fue una correspondencia sobre temas de espiritualidad. Pero sí de asuntos culturales, y en algún caso de aspectos teológicos, siempre dentro de la máxima corrección.

Mestre concluye preguntándose si, aparte de las circunstancias personales, el caso de Mayan en sus relaciones con los padres de la Compañía es singular, o existieron otros similares en el proceso de un afecto inicial a un desencuentro final. No nos atrevemos a contestar a su pregunta, pero podemos afirmar que el presente libro de Mestre es una magnífica síntesis de las complejas relaciones de don Gregorio, intelectual clave en la Ilustración española, con la Compañía de Jesús, como institución, y con destacados miembros de la misma, como Andrés Marcos Burriel o Juan Andrés. Al mismo tiempo le ahorra al lector o investigador, interesado en el tema, el complicado trabajo de rebuscar en el inmenso epistolario mayansiano.